



# AL BALCÓN

CARMEN DE BURGOS

Carmen de Burgos presenta en este libro una selección de 63 artículos de los casi 10 000 que escribió en unos 140 periódicos de todo el mundo.

Es a partir de 1913, cuando Augusto Suárez de Figueroa – director del *Diario Universal*– le propone que escriba una columna diaria firmada como «Colombine», que con el tiempo tomará casi el carácter de su segundo apellido, cuando se convierte en la primera redactora de un periódico.

Los artículos aquí presentados fueron publicados en los periódicos *Heraldo*, *ABC*, *Diario Universal* y *La Correspondencia de España* de los que en distintas épocas Carmen de Burgos fue redactora.

# DEDICATORIA

---

## A D. Francisco Sempere.

*Una labor de muchos años en su Casa; una constante correspondencia con usted; el haberle mostrado el esfuerzo esparcido en otros ámbitos, en otras empresas y en otras imprentas; el saber que los libros que usted tan bien me edita se venden también, todo eso me da hoy una des-envoltura que me consiente volver a la sencillez que yo deseaba, para poderle ofrecer un libro con una dedicatoria, ni equívoca ni complicada, homenaje al espíritu inteligente, lleno de transigencia y de convencido y ejemplar liberalismo que hay en usted.*

*He aquí el libro. Son cosas distintas, lejanas entre sí; escogidas al acaso, no sólo entre las últimas del Heraldo, sino de ABC, de Diario Universal y de La Correspondencia de España, en aquellas distintas épocas en que fui redactora de unos y de otros.*

*Tal vez por eso este libro podrá parecerles a algunos algo inconsistente y pasajero, pero yo que lo sé a ciencia cierta y que me he sentido periodista tan fervorosamente, le digo a usted, y por eso se lo dedico, que éste es el libro que revela lo que ha sido más constante en mí; lo que ha sido el almanaque entrañable y asiduo de mi vida; lo que,*

*aunque no me sobreviva, me ha hecho vivir; lo que es la unidad profesional de mi vida: tienen todos estos trabajos adherida la anécdota del día siguiente a su publicación; esa anécdota que alarga y apasiona su vida; esas anécdotas que me parece haberle contado a usted ya: la de aquel que por denunciar la venta insospechable de los cuadros del Greco en Toledo me valió la persecución del obispo de Jaca y dio lugar a interpelaciones en el Senado y en el Congreso; la de aquél otro al que dio razón el tiempo, como el que hice sobre la monarquía de Portugal; el artículo sobre el descubridor Isaac Peral, que tal vez me enemistó con la familia y trajo a mi casa, en visita callada y conmovedora, a un sepulturero, que según escribí cuidaba flores en la tumba del sabio y que vino a decirme que lo hacía por la admiración que sentía por los grandes hombres, aunque era un sepulturero; aquel otro sobre la Teresa de Espronceda, que dio lugar a la visita de un caballero enlutado al director del periódico por haber entregado al público el único retrato de la muerta, y así las anécdotas de tantos otros más, que si la cuartilla de una dedicatoria lo permitiese sería curioso contar, sobre todo en aquellas que se refieren a las polémicas apasionadas que despertaron los artículos con que traté de alegrar a los que tienen hambre de justicia o de pan. ¡Mis mejores artículos!*

*Acéptelo usted por todo esto, en la confianza y en la sinceridad.*

CARMEN DE BURGOS.

---

# AUTOBIOGRAFÍA

---

## Prólogo a la autobiografía

Es esta autobiografía anterior a no sé qué tiempo de mis tiempos, ni a qué moda. (¡Bueno sería que se rompiera el retrato en que se salió mejor de cara porque las mangas no sean ya las de farol que se usaron entonces!).

En esta autobiografía han salido bien mis ojos, y en ella tengo el talante fresco y sencillo de por las mañanas, cuando después de bañarme miro qué día hace. Tiene la sinceridad y el solecillo de esa hora; no he querido corregirla en recuerdo de aquella fecha de franqueza tan clara y de tan buen humor. Estoy sin sombrero, y no en traje de calle, sino en bata, con otro peinado distinto del de ahora; pero sin embargo reconozco que es el retrato que más se me parece. ¿Que si no me han faltado inquietudes tanto cuando la escribí como ahora? Claro está. Pero siempre al dar un retrato hay esas inquietudes; nunca es el que debe ser; nos define demasiado de una manera, nos limita; parece que no nos permitirá ser diferentes ni tener otra juventud distinta e insabida.

Pero sin embargo, ¿por qué hacer traición a mis puerilidades si de ella está hecha la vida de que he de morir?

Después de esta autobiografía nuevos y numerosos libros han visto la luz; he hecho distintos viajes; pero al mirarme en el espejo en las horas íntimas he vuelto a ver reverdecido ese entusiasmo de antes, esa suma modesta de cosas, esa candidez plácida y crédula, y sobre todo mi rebeldía de siempre, haciéndome dichosa, llenándome de buena fortuna, llenándome de independencia y creando alrededor de mi casa más bosque.

Y no digo más en la nota preliminar de esta autobiografía, porque eso sería corregir un retrato, cuya espontaneidad es incorregible, y al que la corrección sólo conseguiría endurecer las facciones comprometiendo todo el conjunto. Además, ¿para qué? En lo que se hace no entra la idea de uno mismo, se cuenta con elementos invisibles indecibles cuya fuente no se sabe, y se escribe olvidándonos de nosotros mismos hasta llegar llenos de desinterés a eliminarnos, porque quizás nosotros no somos ninguna autobiografía personal y reducida, sino una biografía del mundo y sus mundanidades.



Mi amigo y director:

La disciplina de la redactora y los deberes de la amistad, me imponen hoy el deber de escribir estas líneas.

Yo he creído siempre la confesión basada en la necesidad natural que sentimos de exteriorizar las cosas que nos atormentan el espíritu, esa necesidad que nos impulsa a desgarrarnos el alma y verterla sobre el papel, y que ha dado origen a todas las obras de arte. Claro que no se me ha ocurrido nunca ir a contarle las exquisiteces más íntimas de mi ser a un señor vulgar e indiferente por entre la rejilla de un confesonario. Se las revelé a las personas queridas que supieron entenderlas... o las entregué al pú-

blico, bajo el disfraz de un libro. Para el escritor que es sincero, y no siéndolo no vale la pena de ser escritor, la vida no es más que una confesión a voces.

Sin embargo, tuve por un momento la tentación de tomar una pose artística, algo campanuda y pintoresca, como sabe hacerlo nuestro paisano Villaespesa; tal como quisiera ser mi fantasía; pero me acordé de usted que espera lealtad de mi pluma, y venció la amistad. Yo tengo el vicio de la amistad; que no es de los que se suelen pagar menos caros.

Mi vida es sencilla o compleja, según se la quiera considerar. No hay en ella escenas emocionantes ni hechos melodramáticos dignos de ocupar la curiosidad del público. Mi vida se deslizó dentro de mí, y todas sus complicaciones nacieron en mi espíritu... Ha variado de fases muchas veces –tantas, que me parece haber vivido en muchas generaciones diferentes–. Y yo también he cambiado de ideas... de sentimientos... ¡Qué sé yo!... Me río de la unidad del yo, porque llevo dentro muchos yoes: hombres, mujeres, chiquillos, viejos... Me pelearía si discutiese con alguno... pero les dejo que venza el que más pueda y haga cada uno lo que le dé la gana... ¡Todos son buenas personas!... A veces, imprudentes, demasiado confiados... suelen obrar con ligereza y tener de qué arrepentirse... Entonces intervengo. ¡Nada de esta debilidad que nos hace estar, todo el tiempo de cara al pasado, lamentándolo... nada de lágrimas... Consuelo como puedo al culpable y despierto a todos los demás para que lo aturdan con sus cantos... la laralarala...!

Muchas veces envidio las vidas sencillas que llevan trazado el camino... pero me dura poco. Hoy me gusta lo impensado, lo incierto; me atrae lo desconocido; el encanto del libro que no se ha leído y la partitura que no se escuchó jamás... No comprendo la existencia de las personas que se levantan todos los días a la misma hora y comen el cocido en el mismo sitio. Si yo fuera rica no tendría casa...

Una maleta grande, y viajar siempre, deteniéndome en donde me agradase, huyendo de lo molesto... respirando el aroma de las cosas sin analizarlas. Eso de hacerse un palacio, con cementerio y todo, para vivir y morir en un mismo sitio, me parece que nos asemeja a los moluscos. ¡Pícaro progreso, que trajo los ferrocarriles en lugar de las cómodas escobas sobre las que cruzaban el aire nuestras respetables abuelas!

He sufrido mucho... ya no me acuerdo... pero experimenté el placer del sufrimiento. No lo crea usted paradoja: tuve el placer de sentir la vida intensa vibrar, agitándose en ansias de muerte y desesperación... Otras veces se me desbordó del pecho en amor, en placer, en esperanzas... algunas en anhelos de bien y de justicia... ¿Qué más da?... Lo hermoso es sentir la vida. Por fortuna tengo una naturaleza fuerte y sana que se libró del peligro de excitar la morbosidad del dolor... Hoy (con ligeros interregnos) mi gesto favorito es el encogimiento de hombros. ¡Hay tan pocas cosas que valgan la pena de apasionarnos!

Detesto la hipocresía, y como soy independiente, libre y no quiero que me amen por cualidades que no poseo, diga siempre todo lo que siento y se me antoja. Así, los que me quieren me quieren de veras. Los que me detractan por la espalda, se quitan el sombrero delante de mí. Jamás pensé en el medro personal a costa de mi libertad o de abjurar de mis convicciones.

¿Hechos de mi vida? Ninguno notable. *Me crié* en un lindo valle de la provincia de Almería, oculto en las últimas estribaciones de la cordillera de Sierra Nevada, a la orilla del mar, frente a la costa africana. En esa tierra mora, en mi inolvidable Rodalquilar, se formó libremente mi espíritu y se desarrollé mi cuerpo. Nadie me habló de Dios ni de leyes; y yo me hice mis leyes y me pasé sin Dios. Allí sentí la adoración al panteísmo, el ansia ruda de los afectos nobles, la repugnancia a la mentira y los convencionalismos.

Pasé la adolescencia como hija de la Naturaleza, soñando con un libro en la mano a la orilla del mar o cruzando a galope las montañas... Después fui a la ciudad... y yo creía buena a la humanidad toda, vi sus pequeñeces, sus miserias... y sentí el dolor de los pesares ajenos, y lloré con los oprimidos, y envidié los mundos donde no habitan los hombres...

Podría parodiar a los héroes de Homero: «Reina en unas partes, mendiga en otras». Fui rica y carecí de todo. Vi alejarse las gentes con la miseria, y dejarme sola cuando tuve hambre a los que me convidaban cuando nada me hacía falta. Y les vi volver otra vez con la fortuna... y les recibí con encogimiento de hombros...

Y así, sufriendo y amando... entre lágrimas y goces, se formó mi espíritu... Viajé... estudié... me adularon y me zahirieron... Hoy sólo creo en el arte y no siento amor más que por los artistas.

Encontré mucha gente buena en mi camino, almas leales que me tendieron la mano protectora, y a las que no olvidaré nunca. Si no cito aquí sus nombres es por no herir su modestia, pues, en lo que a mí toca, tengo orgullo en proclamarlos... ¡Jamás oculté los favores que recibo, los amores que siento ni los ideales a que rindo culto! Sólo a veces disimulo los desprecios con que sustituyo el odio, porque éste no pudo hasta ahora caber en mi alma.

Los fuertes escondemos en la piedad del perdón el concepto de inferioridad de los que nos ofenden.

¿Otra de mis vidas? La de profesora... Ésta sería tan insufrible como el matrimonio y el cocido si yo no la supiera adornar de azul. ¡En todo caben ensueños! Yo pienso en las almas de mujer que con una frase puedo libertar del obscurantismo... Pienso en los corazones en que despierto el amor al arte... y en abrir todos los años la puerta de las aulas a una multitud de jovencillas, que mi severidad podría retener, para que vayan a saltar al sol sin molestar-se con nuestras indigestas y vacías explicaciones. Cuando

las veo delante de mí, reflexiono en que deben amar y ser amadas; en que hace sol y ellas están encerradas en el aula sombría; en que hay lindas canciones para los labios de rosa, y marchitan los suyos los problemas del Algebra. Y las amo y quisiera gritarles: «¡Huid de esta parodia de ciencia. Sed libres!...»; pero callo y les doy la libertad...

Mis penas como profesora son dos... la imbecilidad de gentes inferiores que dirigen a los que valemos más que ellos... y haber, visto un día un sitio vacío en el banco que ocupaba una pobre alumna pálida... ¡La mató la Primavera!

¿Mi vida de periodista?

Es más curiosa. Empecé por cajista de imprenta, en la que poseía mi padre político. Después escribí con las tijeras para completar un periódico satírico. Mi primer artículo mereció los honores de la crítica y la reproducción fuera de la provincia... Luego, circunstancias tristes de la vida, que pertenecen al sagrado de la familia y no quiero recordar, me impulsaron por la senda del Arte y del Trabajo. ¡Divinidades benditas que me libertaron y me dieron el consuelo! La primera vez que me llamaron *escritora* volví la cara a ver si se lo decían a otra; y me ofendí cuando me dijeron *literata*... ¡Casi me sigo ofendiendo!

En la lucha se moldeó mi espíritu... y hoy envuelvo en triste piedad creencias viejas que cayeron y sentimientos que no comprendo cómo pudieron vivir en mi alma. El olvido tiene la melancolía de las cosas que mueren. Nuestros corazones son grandes cementerios sin epitafios. No soy siquiera una amargada ni una vencida. Alcancé más que podía esperar: y si mi ánimo fuera darme *un bombo*, aprovecharía la ocasión que usted me ofrece para citar los elogios que he merecido a hombres ilustres... las amistades valiosas que me honran... los triunfos que alcancé en conferencias en España y el extranjero... las polémicas de que salí vencedora; las iniciativas en que peleé en primera fila por el bien y la justicia... las sociedades de que formo

parte, y cómo mis libros pasaron triunfantes la frontera...  
¿Pero qué vale todo eso para quien ha sentido como yo el dardo de la ingratitud y conoce la pequeñez de las cosas?  
¡Humo que ni satisfizo mi corazón ni desvaneció mi cabeza!

El único timbre de gloria que me atrevo a invocar es no haber sido jamás elogiada por los neos y haber tenido fuerzas en mi mano para castigar sus insolencias.

Mi labor de periodista es extensa, apasionada por todas las causas nobles. En la actualidad soy redactora del *Heraldo de Madrid*, colaboro en un centenar de periódicos, y dirijo *Revista Crítica*, fundada por mí, que es la primera en tener una sección dedicada a los judíos. En sus columnas escriben con amor aquellos descendientes de los infelices que sufrieron la bárbara persecución que les arrojó de España en pasados siglos. Conmueve el amor que guardan a la ingrata tierra española; ver cómo conservan nuestro viejo romance y nos contestan con voces hermanas. Cuento con las personas más eminentes para fundar una sociedad de «Alianza Hispano-Israelita», destinada a cumplir una misión de reparar la injusticia y estrechar los lazos fraternales. Compare usted el estado de las naciones en que viven judíos e intervienen en su gobierno, Francia, Inglaterra, Alemania e Italia, con aquellas que como España padecen la plaga de los frailes.

En mi revista escriben todas las gentes de ideas progresivas y toda la juventud.

Por mi casa de Madrid pasan escritores, periodistas, músicos, escultores, pintores, poetas... y cuantos artistas americanos o extranjeros nos visitan... No es necesario vestir da etiqueta... todos somos hermanos, todos hablamos de arte... todos son soñadores que luchan por el ideal. Yo tengo a orgullo el afecto que me demuestran, y les amo y siento con ellos entusiasmos y energías. Yo leo todos sus libros y veo todas sus obras. Jóvenes y maes-

tros, cuantos ahora luchan, despiertan mi interés y me deleito en sus creaciones.

¿Mi labor?

He escrito muchos miles de artículos en toda la prensa del mundo; me los han traducido a todos los idiomas. Me pegaron y me elogiaron. Es decir, *se me discute*. ¡Qué honor! No se pondrán nunca de acuerdo, ni yo me inquietaré por el fallo. No tengo vanidad de escritora, y si alguno de mis compañeros la padece, le aconsejo que se haga periodista militante, vaya a las redacciones y verá cómo se nos dan los bombos... El lector puede tener la seguridad de que hemos puesto de necio y majadero por lo menos al *insigne* que elogiamos.

¿Libros? Muchas traducciones y muchos prólogos: Naquet, Moebius, Tolstoi, Renán, Darwin, Bovio y todos los hombres cuya inteligencia puede influir sobre nuestro pueblo de un modo benéfico, destruyendo las doctrinas de Loyola, han sido traducidos por mí para la importante casa editorial de Sempere, que dirige en Valencia el gran novelista Blasco Ibáñez.

Ahora empiezo mi labor seria. Permítame usted que guarde silencio acerca de todo lo que preparo. Baste decir sólo que hasta que he recibido todas las lecciones de la vida y llevo tantos años de escritora, no me he atrevido a escribir mi primera novela. Miro la novela con miedo. Es la diosa de la literatura.

¿Tendencias? Yo soy *naturalista romántica*, variable como mis yoes. Me gusta todo lo bello y la libertad de hacerlo sin afiliarme a escuelas.

Ya lo demuestro en los dos únicos libros que amo de todo lo que he producido: *Por Europa*, descripción de un viaje a Francia e Italia, escrito con toda sinceridad, sin pensar en el público, diciendo cuanto pensaba, y que me atrajo odios y persecuciones de carlistas y neos, por haber pintado fielmente a Pío X, el Pontífice de los carcas, y *Cuentos de Colombine*, en los que puse mucho de mi al-

ma, y están traducidos ya por el ilustre Naquet al francés, y también al alemán y al italiano.

Mis placeres más grandes los hallo en el Arte. Un libro de Heine, Larra o Leopardi; una partitura de Wágner; una sonata de Beethoven. Extasiarme ante los cuadros del arte ingenuo del Beato Angélico o de Andrea Orcagna, con la sonrisa de enigma de la *Gioconda* de Vinci y con las escuelas tan diferentes de Velázquez, Ticiano, Ribera o el Greco. He pasado tres días contemplando la plaza del Duomo en Pisa y muchas horas ante la puerta del Baptisterio que modeló Giberti en Florencia.

Alguna vez sentí impulsos de arrodillarme al pie de las estatuas de Donatello, Luca della Robbia y Miguel Ángel. He soñado en Pompeya y en Venecia, he sentido en Roma añoranzas de la corte de los emperadores... He evocado a Grecia ante la *Venus* de Milo... y me he aburrido en París y Montecarlo.

¿Mi pesar más intenso? ¿El que siempre va como espina molesta agarrado al corazón? Ver cómo se enseñoorea la injusticia; sentir el malestar del dolor ajeno; saber que existen seres que padecen hambre... y ver a los pueblos resignados con su miseria... desconocer su fuerza... Ser esclavos en vez de hombres libres..., forjar ellos mismos inconscientes las cadenas... y que el hambre, la anemia, la prostitución y la tisis imperen en las grandes ciudades cuando se pierden los frutos de la Naturaleza en las selvas vírgenes donde para todos hay aire y sol.

Los bailes de máscaras y los payasos de un circo me hacen llorar... mientras el canto de un entierro suele traer a mis labios la sonrisa.

¿Aspiraciones?... Que sobre los cimientos de esta sociedad, arrasada, se levante la sociedad del porvenir... de hombres libres y buenos... sin más código que el espíritu de justicia grabado en sus corazones... ¿Es una utopía? Espero que no. El progreso verdadero de los pueblos está en la Ética. Nada de ñoñeces ni convencionalismos; leyes

humanas basadas en la misma Naturaleza, amor de hermanos para todos; que los derechos individuales acaben en donde principie el dolor ajeno. Será obra de siglos... a ella va el esfuerzo de todos nosotros... Los precursores de Miguel Ángel fueron los hombres que hicieron con el puño las primeras vasijas de barro... ¡No verlo!... ¿Qué importa, sabiendo que ha de venir?... Hay que ser buenos y leales... Vale más ser buenos que ser artistas.

Movida de piedad, hago otros trabajos en favor del divorcio, contra la pena de muerte, contra el fanatismo... que me han valido el anatema de los imbéciles.

Y esto ya se acaba. ¿A qué seguir? En mi vida familiar e íntima usted me conoce. No se adivina que soy escritora, ¿verdad? Sé amar a mi hija, una preciosa gitanilla que es la mejor de mis obras, y ser alegre con los míos, atender a las labores de la mujer y entretenerme fácilmente en nimiedades que no entienden los genios. Aparte de que me gustan los cintajos y los trapos y no me suena mal algún piropo, aunque no sea literario.

Para complemento del retrato que me obliga usted a hacer: *mis caprichos*. Un día me pongo el mantón y escandalizo a mi portera, para ir a enterarme de cómo son las casas donde duermen los golfos o cómo viven los gitanos del barrio de las Cambronerías. Otro día tomo un palco en el Real y escandalizo a *mis amigas* con *mi lujo* (podían ver que son las cuatro de la mañana y aun arde mi lámpara de trabajo). Ya tomo el tren para ver la miseria de Almadén o para aceptar una paella con mis amigos en la Albufera valenciana, la tierra española que más amo, porque tiene pasión y rebeldía, arte y libertad; o escapar a París a comprarme un traje.

Si quiere usted hacer el resumen de todo esto, hágalo. Yo no veo más que una amalgama de todas las cosas que forman la vida de una mujer que poco a poco fue desligándose de preocupaciones y avanza tranquila por el camino, entre lágrimas y sonrisas, sin pararse a contemplar

unas ni otras... siempre de cara al sol y sin escuchar los perros que ladran a su paso... ni siquiera a los que me-  
nean, halagadores, la cola.

P.D. Así creo que soy esta noche; tal vez seré de otra  
manera. ¡Es tan difícil conocerse a sí mismo! Si no soy así,  
perdóneme el engaño, porque yo misma lo padezco.

*Otrosí.* Envíeme las pruebas por si para entonces he  
cambiado de modo de pensar.

